

Jesús Rubio
Leopoldo Alas, *Clarín*, en la prensa vallisoletana:
las colaboraciones en *La Opinión* (1892-1901)
Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo. XCIII-XCIV, 2017-2018, 213-247.

LEOPOLDO ALAS, *CLARÍN*, EN LA PRENSA VALLISOLETANA: LAS COLABORACIONES EN *LA OPINIÓN* (1892-1901)

En los últimos años ha mejorado sustancialmente el conocimiento de la producción literaria de Leopoldo Alas Ureña (1852-1901), sobre todo desde que se publicaron sus *Obras completas*, culminación feliz del trabajo de varias generaciones de estudiosos, afanados en proporcionar una visión cada vez más completa y precisa de sus escritos (Alas: 2002-2009)¹. La labor periodística del escritor fue tan gigantesca, que los editores de este magno proyecto eran conscientes, no obstante, de que continuarían apareciendo nuevos artículos en publicaciones periódicas que no han sido revisadas o lo han sido de manera incompleta. Y en efecto, vamos asistiendo a la recuperación de textos olvidados, que van completando el gran repertorio que ofrecen sus mencionadas *Obras completas*. Así Ángeles Ezama (2015) ha podido añadir trece nuevas colaboraciones en la prensa provincial o yo mismo recuperé un par de *paliques* de la revista *La caricatura* y la versión periodística del cuento «Reflejo. Confidencias» en la revista *Letras de Molde* (Rubio Jiménez: 2002 y 2011). Son flecos que van añadiendo matices a su producción periodística.

La prensa provincial en particular sigue proporcionando ricos materiales para conocer mejor la producción literaria de Clarín, ya que prodigó su firma en numerosas cabeceras y fueron muchas veces periódicos y revistas provinciales los medios que pusieron en circulación aquellos textos, que se difundían en ellos por acuerdos individuales con sus empresas o gestionados por agencias, que ejercían una labor de

¹ Las obras conocidas de Clarín se citan aquí por esta edición, remitiendo abreviadamente a volumen y páginas correspondientes.

mediación en su distribución. Después, exceptuada la prensa de Asturias, estos periódicos han sido menos estudiados que los de grandes poblaciones como Madrid o Barcelona por lo que se desconoce más su contenido. Indagaciones en la prensa provincial como la realizada por Cecilio Alonso en Valencia han sido productivas (Alonso: 2001)². Lo que se ofrece aquí es otro pequeño ejemplo de esa riqueza inagotable de la prensa provincial resultado de la revisión parcial de uno de aquellos periódicos que han quedado orillados aunque ofrecen interesantes series de colaboraciones de autores representativos de la época.

Estas colaboraciones proceden del periódico vallisoletano *La Opinión, periódico político, literario, noticioso y mercantil*, que comenzó su andadura en 1878 y desapareció a finales de 1901. De inspiración institucionista, adscrito al fusionismo y republicano, fue promovido para atender al cuerpo de magisterio. Desde 1889 se convirtió en tribuna del partido posibilista en Valladolid y de aquí que la presencia de escritos de Emilio Castelar o relacionados con él fuera constante hasta su muerte en 1899, momento en que el periódico perdió ya su funcionalidad política, sobreviviendo unos pocos meses por inercia³. Su tirada era reducida, unos 500 ejemplares, y sus lectores eran gentes de la clase media de la ciudad, que encontraba en sus páginas información política, sobre eventos sociales de todo tipo y lectura entretenida. Resulta llamativa la constante edición de cuentos tanto de autores españoles como traducciones de literatura extranjera, que merecerían una monografía⁴. Se

² Con posterioridad, a los 5 artículos que incluyó como apéndice en su trabajo, añadió otros 16 que puso a disposición de los editores de sus *Obras completas*.

³ He tenido noticia del mismo leyendo la tesis doctoral de Ruth Rivera Martínez (2016). Menciona a Clarín de pasada, pero no rastrea su colaboración. Celso Almuiña (1977) lo estudió como periódico de partido, integrado por un equipo joven con inquietudes artísticas, que les llevaban a incluir textos literarios y a prestar gran atención a la sociabilidad artística vallisoletana, objeto de la excelente tesis de Ruth Rivera.

⁴ Fueron habituales los relatos de escritores franceses y de alguna otra nacionalidad. En los años revisados la firma más frecuente es la de Maupassant, pero también se encuentran otras como Catulle Mendès, Pierre Véron, Alphonse Karr, Henri Segond, Alberto Braga, Pierre Loti, Edmundo D'Amicis, Edouard Laboulaye, Anatole France, François Coppée, Georges d'Espèrès, Alfred de Vigny, Henri Lavedan, Gabriel D'Annunzio. En ocasiones publicaban fragmentos de autores notables como Tolstoi o Zola.

En marzo de 1896 iniciaron una sección especial de «Cuentos de *La Opinión*» a la que contribuyeron entre otros: *El Curioso Impertinente*, *El Parmesano*, Eusebio Doctor, *Fray Azogue* o Vicente Rubio.

publicaba los martes, jueves y sábados. Contaba con cuatro páginas de 31 x 43 cm en 1891, que se convirtieron en 35 x 49 cm tras su reorganización en mayo de 1892.

He tenido ocasión de consultar de *La Opinión* solo los años que se conservan en el Archivo Municipal de Valladolid: 1891, 1892, 1893, 1894, 1896, 1899, 1900, 1901⁵. En estos años he encontrado once veces la firma de Clarín en textos que tuvieron otras ediciones, pero también en colaboraciones nuevas que solo aquí se han documentado hasta ahora. Es probable que en los años 1895, 1897 y 1898 se encuentren otras colaboraciones de Clarín si se localizan los tomos correspondientes. En todo caso, da la impresión de que a un primer momento de colaboración continuada, siguieron años en que su firma prácticamente desapareció de *La Opinión*. Apenas hallamos una «Revista mínima» (24 de noviembre de 1896) a los pocos días de aparecer una colaboración de su hermano Genaro Alas, «Miscelánea colonial» (17 de septiembre de 1896). Quizás se trató de un intento de relanzar la colaboración de ambos, pero no cuajó. Y puramente anecdótica se puede considerar la inclusión de «Versos. Hombre al agua», el 13 de mayo de 1899, pues eran versos ya conocidos y de escaso interés.

Más difícil es aventurar si su firma pudo estar presente en el periódico en los años anteriores a la década de los noventa, ya que su presencia se debe a una operación de renovación intentada en los años noventa cuando sus propietarios decidieron enriquecer la publicación con nuevas firmas. El 1 de mayo de 1892, en efecto, *La Opinión* incluyó un aviso a sus lectores donde anunciaban reformas en el periódico. Iban desde un ligero aumento del tamaño del periódico a una mejora de su presentación y contenidos. Decían que «*La Opinión* publicará en adelante artículos inéditos y originales de los más distinguidos literatos españoles». Incluían una nutrida lista de nuevos colaboradores, encabezada por Leopoldo Alas y seguida, entre otros, por Mariano de Cavia, Joaquín Dicenta, Luis París, Antonio Peña y Goñi, Antonio Sánchez Pérez, Alejandro Sawa, Luis Taboada o Luis Royo Villanova. Adelantaban también su propósito de ilustrar sus colaboraciones con obras de Cilla, *Mecachis*, Pons y otros conocidos ilustradores gráficos.

Desde París enviaba crónicas telegráficas Antonio de la Vega y también se reforzó la nómina de colaboradores madrileños, que

⁵ Quiero dejar constancia de mi agradecimiento a su personal por su disponibilidad y por su exquisita atención.

informaban de la vida política y social de la capital: Alfonso Pérez Nieva, Juan Enseñat, Alejandro Larrubiera, Manuel Paso, Eusebio Blasco, etc. Algunos de ellos enviaban tanto artículos como relatos. Es el caso de *Tartarín* durante los últimos años del periódico.

Estos nombres eran un reclamo del periódico con vistas a aumentar sus lectores y la altura de sus colaboraciones en un momento de reforzamiento de la publicación y de cierta agitación cultural en la ciudad con motivo de conmemoraciones como el Centenario del descubrimiento de América, al que Valladolid se mostró especialmente sensible al estar enterrado en la ciudad Cristóbal Colón⁶.

Lo cierto es que en adelante algunas de estas firmas y otras no menos notables fueron apareciendo en las páginas del periódico, pero no todas las anunciadas porque en mi repaso no he encontrado las de Mariano de Cavia o Alejandro Sawa; la de Joaquín Dicenta solamente bastante tiempo después (1899); y por el contrario enseguida se sumaron otras como las de Salvador Rueda (1892. 1893. 1899 y 1901), Rafael Altamira (1892. 1893) o Emilia Pardo Bazán (1892. 1893. 1896. 1899 y 1900). Y más adelante nombres como Pío Baroja (1896), Miguel de Unamuno (1899)⁷, Ramiro de Maeztu (1899) y Jacinto Benavente (1899-c y 1900). La valoración de las colaboraciones de cada uno de estos autores necesita de numerosas precisiones, ya que en algún caso forman series propias y enriquecen el acervo de sus textos conocidos.

El recuento detallado de colaboradores en *La Opinión* ocuparía mucho espacio y no es este el lugar de hacerlo. Bastará con señalar que es una buena representación de la fluidez entre la literatura periodística que circulaba en ciudades como Madrid y Barcelona y otras capitales de provincia de tal modo que eran frecuentes las firmas de los grandes poetas y novelistas de la edad de Clarín: además de los nombrados, el omnipresente Castelar, narradores como Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Jacinto Octavio Picón, José Ortega Munilla y José Zahonero; poetas como Ramón de Campoamor, Gaspar Núñez de Arce o Emilio Ferrari, a quienes se les organizaron homenajes por diversas

⁶ Coincidiendo con la conmemoración se incluyeron diferentes textos alusivos. Así, Emilio Castelar (13 de octubre de 1892). También se daba cuenta de un Certamen literario sobre Colón y de los resultados de la convocatoria (10 de octubre de 1892).

⁷ Reproducido de *El Nacional*, era respuesta a otro artículo de Juan Barco en *La Opinión* (20 de abril de 1899).

circunstancias. La renovación de 1892 a la larga se tradujo sobre todo en una continuada presencia de escritores costumbristas y humorísticos como Manuel del Palacio, Eduardo del Palacio o Luis Taboada. *La Opinión* resulta por ello tanto un valioso periódico para conocer los avatares políticos posibilistas vallisoletanos como una estimable publicación literaria. Mezclados con los de estos escritores fueron publicándose los artículos de Clarín. Aunque solamente unos pocos años del periódico están disponibles su repaso arroja un balance de once colaboraciones aparte de otras noticias sobre el escritor:

Clarín, «Palique», *La Opinión* (Valladolid), nº 1551, 4 de junio de 1892, p. 1⁸.

Clarín, «Revista», *La Opinión* (Valladolid), nº 1578, 9 de agosto de 1892, pp. 1 y 2.

Clarín, «Renan», *La Opinión* (Valladolid), nº 1606, 15 de octubre de 1892, p. 1⁹.

Clarín, «El Centenario y las musas», *La Opinión* (Valladolid), nº 1617, 12 de noviembre de 1892, pp. 1 y 2¹⁰.

Clarín, «Palique», *La Opinión* (Valladolid), nº 1627, 6 de diciembre de 1892, p. 2.

Clarín, «Palique», *La Opinión* (Valladolid), nº 1670, 21 de marzo de 1893, p. 1.

Clarín, «Un jornalero (cuento)», *La Opinión* (Valladolid), nº 1700, 6 de junio de 1893, pp. 1 y 2¹¹.

Clarín, «Palique», *La Opinión* (Valladolid), nº 1711, 4 de julio de 1893, p. 1¹².

Clarín, «Palique», *La Opinión* (Valladolid), nº 1728, 17 de agosto de 1893, p. 1.

Clarín, «Revista mínima», *La Opinión* (Valladolid), nº 2193, 24-XI-1896, p. 1¹³.

⁸ Figura en sus *Obras completas* (VIII: 366-369), recuperado de las páginas de *El Liberal* (Alicante), el 7 de junio de 1892 y volvió a publicarse también en *La Nación* (Buenos Aires), el 27 de junio de 1892. La publicación vallisoletana sería por lo tanto la primera conocida.

⁹ Incorporado a su libro póstumo *Siglo pasado* (1901). Tuvo otras ediciones periodísticas que se indican después.

¹⁰ «El Centenario y las musas (colaboración inédita)», *Las Provincias*, 10 de noviembre de 1892. En OC VIII: 418-423. Tuvo otras ediciones periodísticas.

¹¹ Otras ediciones periodísticas se citan después.

¹² Publicado el día 6 de julio 1893 en *La Lucha*, según ha documentado Ángeles Ezama (2015: 232-234).

Clarín, «Versos. Hombre al agua», *La Opinión* (Valladolid), nº 2592, 13 de mayo de 1899, p. 1¹⁴.

Pertenecen a varias modalidades de la escritura de Clarín, quien para entonces tenía bien definidos sus escritos. Son mayoritarios los «paliques» (5) y están representadas sus «Revistas» (2). No faltan ensayos más extensos como su necrología de Renan, sus irónicos comentarios sobre la poesía a que daba lugar el centenario del descubrimiento de América —«El Centenario y las musas»— y del ámbito creativo, una versión del cuento «Un jornalero», que aparecerá recogido en *El señor y lo demás, son cuentos* (1893) y unos versos: «Hombre al agua». De siete de estos textos se conocen otras publicaciones —aunque no estas versiones—, pero los otros cuatro ofrecen al día de hoy versiones únicas y nuevas de textos clarinianos. Y por ello ofrezco al final de este trabajo su transcripción para facilitar su lectura y su incorporación a las *Obras completas* de Clarín.

Estas colaboraciones llegaron a las páginas de *La Opinión* distribuidas por la Agencia Almodóbar, que tenía su sede en Madrid, en la Puerta del Sol, 9. Tal como aclara Botrel, esta agencia literaria y de prensa fue fundada en 1890 por el abogado del Colegio de Madrid, José Miguel Almodóvar o Almodóbar. Ofrecía un servicio de «Colaboración inédita ilustrada» que alcanzó gran importancia en la prensa provincial, que pudo publicar a precios económicos artículos ilustrados o no de «distinguidos» escritores, entre los que figuró Clarín al menos hasta 1897¹⁵. También ofrecía traducciones de relatos y folletines de otras lenguas y otros servicios. El anuncio de *La Opinión* de Valladolid citado más arriba responde a esta forma de negocio y se repitió en otros muchos periódicos provinciales.

La correspondencia de Clarín ofrece indicios sobre su proceder. Cuando decidió formar con parte de los cuentos publicados en la prensa *El señor y lo demás, son cuentos* (1893) cruzó algunas cartas con su editor

¹³ Antes en «Revista mínima», *La Publicidad*, 19 de septiembre de 1896. En OC IX: 698-700.

¹⁴ «Hombre al agua», antes en *Heraldo de Madrid*, 10 de junio de 1894. En OC VIII: 761-762.

¹⁵ En OC XII: 399, nota 974. Se anunciaba en la prensa por aquellas fechas, diferenciando diversas secciones: jurídica, administrativa y comercial (*El Liberal navarro, diario de Pamplona*, 18 de enero de 1893); y hasta se comentaba su creciente crédito por su seriedad gestora (*La Crónica meridional*, 30 de junio de 1891).

Manuel Fernández Lasanta acerca de cómo quería que se organizase la colección (Blanquat y Botrel: 1981). Una de ellas, enviada desde Oviedo el 14 de junio de 1893, menciona la Agencia Almodóbar. En ella Alas le anunciaba el envío de los nueve primeros cuentos; resaltaba que habían tenido muy buena acogida en los periódicos, aspecto este que venía recalcando ya en otras cartas para reforzar sus argumentos económicos en la negociación de emolumentos con el editor. Daba instrucciones sobre la organización del libro y su deseo de que fuera ilustrado. Le indicaba también que enviaría él copias de «La Ronca» (publicado en *El Liberal* el 19 de junio) y de «La rosa de oro» (*Los Lunes de El Imparcial* el 10 de julio siguiente) y para los dos cuentos restantes le pedía que solicitara copia de «Benedictino» en *El Imparcial* (apareció de hecho unos pocos días después de la carta, el 19 de junio, en *Los Lunes de El Imparcial*) y finalmente que pidiera el texto de «El jornalero» en la Agencia Almodóbar (OC XII: 396-399).

Curiosamente, «Un jornalero» es el único relato de *El señor y lo demás, son cuentos* (1893) al que hasta ahora no le han encontrado fuente periodística sus editores¹⁶. El propio Clarín no sabía exactamente cuál era la situación del cuento en ese momento y por ello le indicaba en la carta citada a Manuel Fernández Lasanta: «Vaya a la Agencia Almodóbar, Puerta del Sol, 9, y pida de mi parte un ejemplar impreso, o el original o copia manuscrita de mi cuento *Un jornalero*.» (OC XII: 399) Ahora sabemos, sin embargo, que se había publicado unos días antes, el 6 de junio, al menos en el periódico vallisoletano y unos días después lo hacía también en *La Lucha*, de Gerona, o en cuatro entregas en el Folletín de *La Crónica meridional*, de Almería¹⁷. La publicación periodística de «Un

¹⁶ En las diferentes ediciones del libro que he podido ver, tanto sueltas (Gonzalo Sobejano: 1988) como de *Cuentos completos* y *Obras completas* (Carolyn Richmond: 2000, Santos Sanz Villanueva: 2004) figura sin indicación de ediciones periodísticas previas. En la introducción a *Cuentos completos*, Madrid, 2000, vol. 1, escribía C. Richmond sobre su inserción en *El Señor y lo demás, son cuentos*: «*Un jornalero*, único relato del volumen para el que no tenemos fecha de publicación en la prensa. Es otra narración escrita, según parece, para ilustrar las ideas del autor, esta vez sobre la honradez y la dignidad del idealista escritor erudito así como sobre el egoísmo y cobardía vital de los que le traicionan.» (p. 47).

¹⁷ Clarín, «Un Jornalero, I», *La Lucha*, 14 de junio de 1893; y «Un jornalero, II», *La Lucha*, 15 de junio de 1893. *La Crónica meridional* (Almería): Clarín, «Un jornalero (Colaboración inédita), 14 de junio de 1893; «Un jornalero (Colaboración inédita), 15 de junio de 1893; «Un jornalero (Colaboración inédita)», 16 de junio de 1893; y «Un jornalero (Colaboración inédita)», 17 de junio de 1893.

jornalero» tiene interés para la fijación cronológica y textual de este cuento. Un par de cartas posteriores a Fernández Lasanta arrojan alguna luz al respecto. En la primera, sin fecha, le decía:

Amigo Lasanta: Por si usted todavía no ha ido a buscar el cuento *Un jornalero* a la empresa Almodóbar ahí se lo mando corregido para que lo una al del original.

Excuso decirle que necesito pruebas de todo el libro. (OC XII: 401).

Y ya en junio de 1893:

Amigo Lasanta: Ahí el último cuento del libro, por consiguiente ya tiene usted todo el original, y deseo que empiecen a imprimir y enviar pruebas que devolveré siempre a correo vista. Renuncio a los grabados para esta edición, lo que quiero es que el libro salga cuanto antes.

Supongo que habrá usted recibido *Un jornalero* que le envíe primero y después *La ronca* y *Benedictino*. (OC XII: 401).

Clarín corrigió su cuento antes de incluirlo en *El Señor y lo demás, son cuentos* (1893) y quedaba por comprobar el alcance de estas correcciones. El careo entre la versión periodística y la publicada en libro muestra que se usó la versión corregida por Clarín para la edición en libro. Subsanó errores que de otro modo tendría su texto si se hubiera tomado el de *La Opinión*. Quizás por la enrevesada caligrafía de Clarín, algunas palabras fueron mal transcritas dando lugar a errores. Entre ellos, algunos nombres propios que hacen que el estudioso «Mr. Flinder» comparezca como «Mr. Fliuder». Más llamativo resulta que los cajistas convirtieran a «Carlos Marx» en «Carlos Mars»¹⁸. Convirtieron «utopistas» en «autopistas», «soy pobre» en «soy padre», perdiéndose el sentido. Los cambios de redacción fueron realmente escasos: «las ideas» por «sus ideas», «de bostezos» por «de bostezo», «Dios sabía quien» por «Dios sabía qué», «un ruido fuera» por «un ruido lejano». El mayor cambio se produce respecto a estas líneas de *La Opinión*:

¹⁸ Estos errores no se encuentran en la versión publicada por *La Lucha*, de Gerona y en *La Crónica meridional* (Almería).

No había duda, se había armado, y al llegar a la puerta de la Biblioteca se detuvo, se rascó detrás de una oreja y meditó, «Mañana, por fas o por nefas, estará esto cerrado; mi artículo no podrá salir a tiempo... puede adelantarse Fluder... No dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy.

Ahora se reordena del siguiente modo:

No cabía duda, se había armado. «Aquello era una barricada, y por aquel lado no había salida.»

Deshizo el camino andado, y al llegar a la puerta de la Biblioteca se detuvo, se rascó detrás de una oreja y meditó.

«Mañana, por fas o por nefas, estará esto cerrado; mi artículo no podrá salir a tiempo... puede adelantarse Flinder... No dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy.» (Alas: 1988: 185-186)

Ligeros cambios hallamos también en estas otras líneas:

como un carbón fósil que acaso prenda y su fuego algún día al contacto de la chispa de un trabajador futuro... de otro pobre diablo erudito como yo que me saque de la obscuridad y del desprecio...

Dan lugar a:

como un carbón fósil que acaso prenda y dé fuego algún día, al contacto de la chispa de un trabajador futuro..., de otro pobre diablo erudito como yo que me saque de la obscuridad y del desprecio... (Alas: 1988: 191)

Asunto bien diferente, que necesitaría largo comentario, son los cambios en los signos de puntuación, la ortografía o la simplificación de términos cultos: «obscura/s», «oscurecido», «obscuridad», «substancia»: «oscura/s», «oscurecido», «oscuridad», «sustancia».

La distribución de párrafos también presenta muchas diferencias por lo que he optado por presentar una transcripción del cuento como apéndice que permita valorar estas diferencias y las de otros signos. Clarín parece haber escrito su relato como solía, de corrido y después lo corrigió pero no lo modificó sustancialmente. En cualquier caso, la versión de *La Opinión* pone una primera fecha de publicación para este cuento clariniano, cuya lectura y análisis muestra lo preocupado que

andaba por aquellas fechas por la *cuestión social*, el lugar de los obreros intelectuales en la sociedad o por su propia salud, que se proyecta en el relato a través del personaje de Fernando Vidal.

De los paliques, el fechado el 4 de junio de 1892, figura también en sus *Obras completas*, recuperado de las páginas de *El Liberal* (Alicante), el 7 de junio de 1892 y volvió a publicarse también en *La Nación* (Buenos Aires), ya el 27 de junio de 1892. La publicación vallisoletana sería por lo tanto la primera (OC VIII: 366-369). Y el publicado el 4 de julio de 1893, lo fue también el día 6 de julio en *La Lucha*, según ha documentado Ángeles Ezama, quien lo transcribe como apéndice en su estudio (Ezama: 2015: 232-234). El resto por el momento parecen ser nuevos o que al menos no se conoce otra versión. También la «Revista mínima» del día 24 de septiembre de 1896, había aparecido un poco antes en *La Publicidad*, de Barcelona, el día 19 de septiembre¹⁹.

El artículo, «El Centenario y las musas», que se publicó el 12 de noviembre de 1892, había aparecido también dos días antes en *Las Provincias* de Valencia y lo fecha el 8 de noviembre de 1892 en Madrid, que fue cuando lo debió entregar directamente en la agencia. Va haciendo comparecer a las musas que valoran lo que se ha publicado con motivo del Centenario del descubrimiento de América. Aprovecha para destacar entre las obras históricas que se han editado con motivo de la conmemoración la de Castelar. Y diferente es el caso «Versos. Hombre al agua» publicados tardíamente en *La Opinión* el 13 de mayo de 1899. Como «Hombre al agua», habían aparecido años antes en *Heraldo de Madrid*, 10 de junio de 1894²⁰.

El texto sobre «Renan» —15 de octubre de 1892— tiene el interés de ser acaso el primero que Clarín publicó tras la muerte de su admirado maestro, que había fallecido en el Collège de France el 2 de octubre de 1892. No es desconocido por completo ya que se incluyó en *Siglo pasado*, recopilación póstuma de escritos de Clarín aparecida al poco de su muerte en 1901. Después se ha resistido a revelar su fuente periodística tanto a José Luis García Martín cuando reeditó este libro como a los editores de las *Obras completas* (Alas: 1999 y OC IV: 1971-1975). No presenta diferencias importantes salvo en un breve pasaje en

¹⁹ «Revista mínima», *La Publicidad*, 19 de septiembre de 1896. En OC IX: 698-700.

²⁰ «Hombre al agua», *Heraldo de Madrid*, 10 de junio de 1894. Comienza: «—Dadme un remedio, doctor» (OC: VIII: 761-762).

que se pierde el sentido en estas ediciones. Bastara con yuxtaponer los párrafos de la versión periodística y la de *Siglo pasado* para que quede solventada esta lectura errada. En *La Opinión*:

En general ha habido bastante valor para poner la fama de Renan en su sitio, sin miedo a *lastimar creencias*; sin duda los periodistas comprendieron que hasta para los neos y fanáticos pasaba el tiempo enseñando, y que hoy todos comprenden, menos, tal vez el P. Zacarías, agustino, que Renan en lo que negaba no era más que uno entre mil, como historiador, exégeta y filósofo, y en lo que afirmaba era un idealista de los que más han trabajado para combatir el enemigo común, el materialismo de escalera abajo y el pedantesco y corto de vista de lo que por antonomasia *se llama ciencia*, no siendo más que el empirismo particular de algunos estudios experimentales, en el fondo hipotéticos meramente.

Se deturpó en *Siglo pasado*, quedando como:

En general, ha habido bastante valor para poner la fama de Renan en su sitio, sin miedo a *lastimar creencias*; sino donde [sin duda] los periodistas comprendieron que hasta [para] los *neos* y fanáticos pasaban [pasaba] el tiempo enseñando, y que hoy todos comprenden, menos tal vez el P. Zacarías, agustino, que Renan en lo que negaba no era más que uno entre mil, como historiador, exégeta y filósofo, y en lo que afirmaba era un idealista de los que más han trabajado para combatir el enemigo común, el materialismo de escalera abajo y el pedantesco y corto de vista de lo que por antonomasia *se llama ciencia*, no siendo más que el empirismo particular de algunos estudios experimentales, en el fondo hipotéticos meramente.

Dado el interés del texto y su temprana publicación a los pocos días de la muerte de Renan lo transcribo también completo en el apéndice final.

Conocemos, además, diferentes escritos sobre Renan coincidiendo con las fechas posteriores a su fallecimiento haciendo balance de su trayectoria, de sus ideas y de lo que supuso para él, pero son posteriores a este²¹. Clarín anduvo rumiando la idea de dedicarle uno

²¹ Y si se mira a los meses anteriores el día 16 de junio de 1892, le había dedicado «Sátura» en el periódico *El Día*, de Barcelona. El artículo pasó enseguida a su libro *Palique*, 1894, pero ahora llamado «El retrato de Renan».

de sus folletos literarios y todo este grupo de artículos son apuntes de lo que pudo haber sido aquel fallido folleto. El 12 de octubre le había escrito a Menéndez Pelayo: «Preparo un folleto titulado *Mi Renan*» (OC XII: 368). Llegó a anunciar este folleto como «en prensa» en *El Señor y lo demás, son cuentos* (1893) y en la prensa, pero al cabo, no cuajó.

Cercano en fechas al artículo que recupero cabe mencionar el contenido de «Como gustéis», publicado en *Las Novedades* el 17 de noviembre de 1892 donde procede a una comparación entre Renan y Castelar quien acababa de volver a la literatura con su libro *Historia del descubrimiento de América*, que glosa (OC VIII: 428-433). Eran dos *hombres de calidad* para el crítico y por tanto nada más normal que recurrir a su careo.

En *Los lunes de El Imparcial* publicó el 5 de diciembre su celebrado artículo «Mi Renan», recogido también en *Palique* (1893), que ha sido considerado su homenaje necrológico al maestro²². O durante el año 1893 continuó escribiendo sobre el pensador francés, aprovechando la aparición de obras suyas que habían quedado en puertas de ser publicadas. Su «Revista mínima» del 29 de abril de este año la dedicó en gran parte a glosar su personalidad (OC VIII: 519-524). En *La Ilustración Ibérica* reseñó los días 25 de agosto y 16 de septiembre de 1893 dos volúmenes de *Historia del pueblo de Israel* (OC VIII: 565-567, 575-578).

Lo peculiar de la colaboración vallisoletana «Renan» es que se trata de una temprana revista sobre cómo había reflejado la prensa española la desaparición del pensador francés; además, Clarín mencionaba su gran admiración por él, su interés por algunos de los asuntos que ocupaban sus escritos —lo religioso— y que coincidían con sus propias preocupaciones.

La revista y los nuevos paliques recuperados enriquecen nuestro conocimiento de cómo Clarín comentaba la actualidad política, tanto los grandes asuntos —la dinámica de los partidos o asuntos como la instrucción pública— como los comportamientos de sus protagonistas: de ahí sus alfilerazos a sus errores gramaticales en sus discursos. También sobre la vida literaria con lo que estos nuevos textos ofrecen opiniones sobre escritores como Luis Taboada y su libro *Caricaturas* o las novelas cortas de Jacinto Octavio Picón; comentarios mordaces sobre aquello que detestaba: los malos versos a que estaba dando lugar el

²² Lo reprodujo también *Las Novedades* el 5 de enero de 1893. En OC: IV: 1787-1791.

oportunismo a partir del fallecimiento de José Zorrilla o los malévolos dardos lanzados contra Emilia Pardo Bazán de quien se hallaba cada vez más distante. Clarín hacía trabajar de manera permanente su pluma, pronunciándose sobre múltiples asuntos, era al cabo su «máquina de hacer pesetas».

Como queda dicho, durante los últimos meses de su publicación, *La Opinión* tuvo una vida errática y el fallecimiento del crítico fue apenas reseñado en un breve suelto de 18 líneas el 15 de junio de 1901. Ni siquiera aludieron a su paso por el periódico como colaborador. Después nadie, que sepa, ha mencionado aquella pequeña serie de colaboraciones que reproduzco como apéndice en los casos que no es conocido su contenido o cuando estas versiones pueden tener interés textual.

En definitiva, aunque la colección revisada de *La Opinión* es muy incompleta, proporciona un pequeño lote de once textos clarinianos. Algunos ya eran conocidos desde hace tiempo o desde no hace mucho, mientras otros contribuyen a completar su producción periodística todavía necesitada de piezas que duermen en el olvido de la prensa provincial española y americana. Casos singulares ofrecen «Un jornalero» y «Renan» que permiten, al fin, contar con versiones periodísticas que aclaran las circunstancias de su escritura y facilitan su fijación textual.

JESÚS RUBIO JIMÉNEZ
UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

APÉNDICE²³

Clarín. «Revista». *La Opinión* (Valladolid). nº 1578, 9 de agosto de 1892. 1 y 2.

Ya no hay padres de la patria con residencia, es decir, que se han suspendido o como se llame eso, las sesiones de Cortes y los padres circunscritos, que decía el otro, se han *vertido* a manera de folletines por esas provincias de Dios y de los mítines.

Ahora cada cual, cada padre vuelve a ser hijo de sus obras y a responder ante el distrito, si sabe dónde está o hacia dónde cae, de *su negotium gestio*. A unos cuantos, particularmente a los que tienen aproximaciones por ser ministros, o por cualquier reintegro con tabacaleras o trasatlánticas, les esperan en su pueblo

²³ Se regulariza la puntuación o la ortografía: g/j; personaje/personaje.

natal, o cuasi natal, con los brazos abiertos y con una murga a la puerta de casa; pero a los más, gracias que no les aguarden con garrotes, o con unas cuantas verduleras de esas enemigas de la evolución que ahora se usan. ¡Figúrense ustedes cómo estarán de furiosos en todos esos distritos en que se suprime alguna audiencia, o algún juzgado, o algún *momio*!

Los electores creen generalmente que los diputados los mandan ellos a Madrid para que saquen todo el provecho posible de su influencia en beneficio particular de la localidad que les envía y aunque sea en perjuicio de todo lo demás de España; y el que venga detrás que arree. No hay quien arranque esa idea al *cuerpo electoral*, que es egoísta de suyo, como casi todos los cuerpos, y aun muchos espíritus. De modo que al ver de vuelta al diputado, con las manos vacías y con el juzgado perdido, ¡figúrense ustedes que indignación!

Y en cierto modo no les falta razón. Porque si se perdió el juzgado, por ejemplo, no es porque precisamente aquel fuera el que sobraba, el que había que suprimir necesariamente, sino porque el diputado no tuvo agallas, y quien dice agallas dice lengua, para defender los intereses de su distrito.

Todos andan por ahí diciendo que lo que nos sobran son oradores; que «menos discursos y más hechos». Pues ahora lo ven: distrito con diputado tartamudo... distrito de economías.

El Gobierno corta por donde no oye gritos: no tiene más criterio que este: «Aquí no me chillan». ¿Qué distrito se salva? El que tiene un diputado que da *juego* en las discusiones, o por lo menos es capaz de *explanar* una *interpelación*; pero el que no explana ni juega más que en el casino y llama *establecimiento* al Congreso y tiene miedo a la acerada crítica de los maceros y no se atreve a hablar porque recuerda que no sabe lo que es subjuntivo, ese está perdido y con él el Juzgado, o lo que sea del distrito que casi le vio nacer, como decía el personaje de Pereda.

Los que están en grande son los personajes políticos que le hacen un favor a una provincia entera con dignarse visitarla. Para mejor guardar el incógnito viajan modestamente «de gorra». Sin sacar del bolsillo una peseta, en tres meses recorren medio mundo, se comen los mejores bocados y hasta se atraen las miradas y las sonrisas de las mejores mozas.

Pero más felices que ellos son todavía los que pagan, los encargados de dar posada al peregrino. ¡Con qué alegría, engendrada por la vanidad y la esperanza de futuras recompensas, gastan los cuartos y los sudores en preparar el nido al grande hombre que a lo mejor resulta que es Castañeda o a todo tirar Cos-Gayón, varón magnífico y excuestor de Palacio!

En cambio, ¡cómo rabian los del partido contrario, que ven mano sobre mano, los preparativos que hacen los enemigos para recibir al *hombrón*, que a ellos, a los que no preparan nada, les ha de moler a palos en cuanto sea Gobierno, pues para eso lo quieren los otros, para que les muela!

¡Y qué de epigramas en la plaza, en el paseo, en el muelle, donde caiga, contra los preparativos de los caciques que esperan al *prócer*!

—Con que D. Sisenando está echando la casa por la ventana para recibir dignamente al *candillo liberal* (o conservador, lo que sea).

—Ya lo creo; ¡vaya, vaya! Está gastando el oro y el moro. Por de pronto ya ha encargado a Pepa la Frescachona que le fregara toda la escalera, inclusive el descanso, sin reparar en gastos ni en estropajos.

—Y la digna esposa de D. Sisenando ya ha encargado a la modista que le *volviera* el vestido de seda que se hizo cuando por poco viene la reina a su casa a tomar un tente en pie, y por fin no vino.

—Fígrese usted; ¡cosa segura!... Por algo se friega una escalera.

No es mal fregado el que están armando algunos eruditos para limpiar y fijar la historia del descubrimiento de América. Más que la feria del Centenario parece esto «la feria de las vanidades» como dijo el novelista inglés.

Y todavía falta Cánovas para decir, como siempre, la última palabra y demostrarnos, gracias a un libro que tiene él en casa y que no quiere enseñar a nadie, que el Nuevo Mundo no lo descubrió Colón, ni un monje indio, ni los Normandos... sino un tío que tuvo él, Cánovas, que se llamaba D. Serafin, alias el Solitario. Solo que como era poco comunicativo no quiso decírselo a nadie.

No sólo a los ojos de Cánovas, sino a los monos extraviados del Sr. Borell, distinguido periodista y exrevolucionario, tienen gran valor los libros raros.

Porque según leo, este Sr. Borell, amigo mío, ha asegurado que los republicanos leen libros baratos.

¿Y qué? En libros que cuestan muy pocos cuartos andan hoy escritas las mejores obras del mundo: La República y Las leyes de Platón, la Política de Aristóteles, las obras políticas de Cicerón, las de Santo Tomás, las de Grocio, Leibnitz, Locke, Montesquieu, Bethan, Kant, Hegel, Spencer, etc., etc., puede comprarlas cualquier *pobre* por una docena de pesetas todas juntas...

Borell habrá querido decir otra cosa; habrá aludido a su lectura de obras vulgares, ligeras, fáciles, superficiales...

A esto contestaré que... Martínez Campos es monárquico. Y el Pentateuco que ese haya leído que me lo claven en la frente.

También es monárquico Fabié, y no creo yo que haya bebido sus ideas en el libro apocalíptico sellado con siete sellos.

Desengáñese Borell, nuestros monárquicos no lo son por la ciencia hermética que sepan; los más se contentan con la gramática parda, que no es ningún incunable.

Libro bueno para republicanos, porque es barato y fácil lectura, es el titulado *Caricaturas*, que no ha mucho ha puesto a la venta el activo y desinteresado editor F. Lasanta. *Caricaturas* es obra de Luis Taboada, y con esto está dicho casi todo. Lo demás que hay que decir es que tal vez en esta nueva colección de saladísimos bocetos cómicos se acentúe más que en los anteriores la actitud que Taboada posee para el cuadro de costumbres, para el humorismo, o como quiera llamarse, de alto vuelo. Taboada, no solo dice chistes, no solo tiene *salidas* originales, sino que observa con gran perspicacia (aunque él se burla de los *observadores*) y dibuja con corrección de caricaturista, que es un verdadero pintor, los caracteres *exagerados*, *transportados*, que abundan en sus obras.

Hay escritores ingeniosos, intencionados, sobrios, que se hacen admirar, que nos hacen gozar... sin movernos a risa. Taboada es de los pocos contemporáneos que tienen el secreto de la risa, franca, alegre, que es una delira entre literaria y sensual. Dios y los lectores que compran libros del paguen a Taboada el buen rato que les ha hecho pasar su libro caricaturas.

Jacinto Octavio Picón es uno de los novelistas y críticos de la generación que está dejando de ser joven, que empieza a ser veterana de las letras, que toman con más seriedad y atención la carrera de las letras.

Afiliado al realismo con entusiasmo y convicción desde los primeros días en que esta escuela o tendencia reapareció en España, ha permanecido fiel a su bandera, en sus muchos estudios críticos, algunos de los cuales tuvieron gran resonancia, y particularmente en sus varias novelas leídas y comentadas dentro y fuera de España. Es Picón un escritor correcto, ilustrado, de mucha conciencia y moderación, y hasta en sus libros y artículos se traduce que ha sabido librarse de la figura de la envidia y de la emulación mal entendida que come las entrañas de ciertos *próceres* del arte que se creen muy superiores al autor de *Juan Vulgar* solo acaso porque le ven más modesto.

Picón no tiene enemigos, pero no porque no merezca los dardos de la envidia, sino porque ni siquiera hay pretexto en sus escritos y en sus actos para atacarle.

Su última obra se titula *Novelitas*, diminutivo que debiera pasar a la categoría de positivo con significación peculiar, para que así tuviéramos palabra

correspondiente, con exactitud, a la *novela* y a la *nouvelle*, que en Alemania por ejemplo, representa un género aparte con caracteres bien distintos.

El cuento no es la *novella*.

Y la novela, a pesar del nombre, tampoco, pues nuestra novela es *le roman*, *il romanço*. Nosotros hemos aplicado el nombre novela al *roman romanço*, más que por pobreza de idioma por riqueza de literatura; porque nuestro romance es otra cosa, algo muy glorioso y sin igual en otros países *románticos*. Somos los únicos *románticos*, *romancistas* o *románticos* que tenemos *Romancero*. ¡Y que no es malo!

Las *Novelitas* del Sr. Picón entran de lleno en el género de su nombre. Todas son agradables, están escritas con sinceridad y fuerza; el estilo, a más de correcto, sin pretensiones de amanerado purismo, es noble, sencillo, fácil, vehículo a propósito para la idea.

Picón medita, observa y siente. Su *Doña Georgia* es un *cartón* de suaves efectos, delicado y profundo de sentido.

Picón sin pensar en el mérito de los demás, a no ser para reconocerlo y declararlo, sigue su camino.

Y aquí debiera hablar de otro libro publicado por Antonio de Valbuena; el célebre *Venancio González* y el celeberrimo *Miguel de la Escalada*; pero ya no nos queda tiempo para decir de *Agridulces* —que así se titula la obra— todo lo que quiero decir, y lo dejo para un capítulo aparte, o sea para la próxima *Instantánea*.

CLARÍN

Clarín. «Renan». *La Opinión* (Valladolid). nº 1606, 15 de octubre de 1892. 1.

La voz del pueblo, que a veces acierta, lo ha dicho unánimemente en Francia y fuera de Francia.

Desde la muerte de Víctor Hugo no ha habido otra más importante, de más efecto para la Francia intelectual, y aun pudiera añadirse para el mundo de las ideas. El telégrafo apenas ha tenido tiempo para comunicarnos esta opinión general que se impone como una gran justicia que la posteridad comienza a hacer al gran espíritu francés desde el día siguiente al de su muerte.

Decía que la voz del pueblo acierta... a veces, porque sin adulación no cabe ocultar que en muchas ocasiones se equivoca. Suele suceder al borde del sepulcro.

Cuando faltó Víctor Hugo, la justicia definitiva popular se impuso a los reparos y mezclas frigoríficas de la envidia y la crítica hostil; aunque hacía algunos años que la *manera* del gran maestro no estaba de moda en los cenáculos literarios, la gran masa de los admiradores del poeta impuso el fallo, que fue de gloria, sin pararse en distingos ni atenuaciones.

Hasta en nuestro país, donde la opinión pública está mucho menos ilustrada, aunque los instintos generosos de entusiasmo por lo grande no son menos, cuando murió Moreno Nieto, el pueblo, que no lee siquiera, ni acude a los Ateneos, adivinó en el sabio modesto que desaparecía, un santo del pensamiento, un apóstol del bien.

Renan, que para las masas de la mayor parte de los países latinos era ante todo el heresiarca moderno, el enemigo de la Iglesia, Renan que tan mal comprendido y tan poco conocido, en rigor, era aún para los que se permitían hablar de él con escasa y distraída lectura de sus obras, a las veinticuatro horas de morir recibe un universal homenaje de admiración y respeto, y el mundo entero comienza por hacer justicia a la rectitud de sus intenciones, a la austeridad y al decoro de su vida, a la grandeza de su ingenio, a la belleza de sus obras.

El Renan que no habían visto bien la crítica maleante y ligera, el fanatismo contrario a sus doctrinas, los rivales, los sectarios de escuelas diferentes y el vulgo letrado, distraído y superficial, es adivinado por el instinto popular, y en todas partes, y en todos los tonos, se dice hoy de él lo que hace poco solo pensaban algunos, que es un hombre genial, que es un gran hombre, el primero de los que hoy tenía Francia.

Sabe hasta el último periodista que *La Vida de Jesús* no es todo ni lo principal en la obra de Renan, y ya, hasta el fanático más lenguaraz e ignorante, se guarda de decir que ha muerto el diablo, que ha fallecido el Anticristo.

Pasemos rápida revista a algo de lo mucho que de primera intención, improvisado, se ha dicho al día siguiente de morir Renan.

Comencemos por casa.

En general, los periódicos españoles han comprendido la importancia del triste suceso y le han consagrado excepcional atención sin duda.

En la *información* ha habido notables deficiencias. Comenzaron ciertas agencias telegráficas por decir que el ilustre profesor del Colegio de Francia había muerto en Londres. El error lo deshicieron las primeras noticias directas de París.

Las noticias biográficas y bibliográficas de la prensa madrileña se resintieron en general de falta de conocimientos directos de las obras de Renan.

Se consultó, generalmente, los consabidos periodistas enciclopédicos, que no suelen ser exactos y que suelen estar atrasados de noticias.

Al dar la lista de los tomos de que consta la *Historia del Cristianismo*, la obra capital de Renan, casi todos los periódicos se equivocaron, y copiando algún diccionario antiguo o el catálogo de algún tomo de Renan, antiguo también, aseguraron que a *La Vida de Jesús*, *Los Apóstoles*, *San Pablo* y *El Antecristo*, había seguido otro tomo, último de la obra, titulado *La Iglesia Cristiana*. Y la verdad es que al *Antecristo* siguieron tres tomos, *Los Evangelios y la Segunda generación cristiana*, *La Iglesia Cristiana y Marco Aurelio* y *El fin del mundo antiguo*.

En general, el juicio propio de nuestros periódicos reflejaba esa opinión general a que antes aludí; todo era admiración y respeto; las virtudes y el gran talento eran generalmente reconocidos entre los periódicos que adelantaron su opinión espontáneamente; se distinguió, a mi juicio, un redactor de *El Liberal*, Tomás Tuero, que así como a la ligera dio sin embargo una de las notas más justas, que coincidió con la que al día siguiente hacía oír Mauricio Barrès en *El Figaro* de París, bien en oposición por cierto con el sesudo, pero frío y deficiente artículo de Deschamps en el *Journal des Debats* de que era Renan colaborador.

Tuero, como Barrès, señaló en el servicio de Renan a la causa de la civilización moderna con aspecto religioso. Bien señalado está. Digan lo que quieran los que exageran la nota *dileitante* [*sic*] de Renan, o los que ven exclusivamente en él al sabio experimentalista, por algo se había tenido por exacta aquella frase célebre según la cual Renan era una catedral vacía... Él mismo había dicho de sí una y otra vez que él era en el fondo un *clérigo*.

—El que fue cura lo es, como dijo Víctor Hugo.— El espíritu religioso es una tendencia ante todo, un punto de vista, casi pudiera decirse una postura, la digna postración ante el misterio sagrado y poético; no es como creen muchos, ante todo, una solución concreta, cerrada, exclusiva.

En este último sentido, Renan no era religioso, en el primero sí.

Claro que en sus obras se encuentran textos aislados para todas las conclusiones (puesto que obedece en él a un sistema) pero yo, al *incógnito sabio experimental*, pedante sin duda, que desde *El Figaro* trata con cierto menosprecio al autor de los *Diálogos filosóficos*, le diría que no es verdad que pueda afirmarse rotundamente que Renan negara a Dios, pues infinidad de veces se inclina a afirmar su realidad; que yo recuerde ahora, de repente, en *L'Abbesse de Jouarre*, cuando alguien dice: «Dios; más probable que la inmortalidad del alma.» Y al final del famoso prólogo de su último libro, *Fenilles détonchées* (1892) escribe: «El amor es tan eterno como la religión. El amor *es la mejor prueba de Dios*, es el cordón umbilical que nos une con la naturaleza, nuestra verdadera comunión con lo infinito.» Y a estas palabras, dignas de un Carlyle [*sic*], añade: «Padre celestial; yo te agradezco la vida.» En otra parte que no puedo ahora puntualizar porque cito de puro recuerdo, exclama parecidas palabras: «Padre nuestro, el que menos cree en ti, desea tu existencia catorce veces al día.» Y en el mismo

prólogo citado, dice: «Nada nos prueba que existe en el mundo una conciencia central, un alma del universo; *pero nada nos prueba lo contrario.*»

Luego ni aun en textos menos favorables al ateísmo niega a Dios. Es más, el sabio incógnito de *Fígaro* dice que niega a Dios, pero reconoce lo *divino*. Pues tanto monta, porque lo divino, no siendo para el idólatra, para el antropomorfista, es el Dios que racionalmente puede pensarse que haya...

Volviendo a mi revista de lo que han dicho o callado los periódicos, advertiré que *El Siglo Futuro* no aprovecha la ocasión para decir pestes del *Antecristo* y se limita a imprimir los telegramas de las agencias con todos sus elogios.

¡Todo progresa, hasta *El Siglo Futuro!*

La Época, el primer día no dijo nada. El segundo copió al *Imparcial*.

En general ha habido bastante valor para poner la fama de Renan en su sitio, sin miedo a *lastimar creencias*; sin duda los periodistas comprendieron que hasta para los neos y fanáticos pasaba el tiempo enseñando, y que hoy todos comprenden, menos, tal vez el P. Zacarías, agustino, que Renan en lo que negaba no era más que uno entre mil, como historiador, exégeta y filósofo, y en lo que afirmaba era un idealista de los que más han trabajado para combatir el enemigo común, el materialismo de escalera abajo y el pedantesco y corto de vista de lo que por antonomasia se *llama ciencia*, no siendo más que el empirismo particular de algunos estudios experimentales, en el fondo hipotéticos meramente.

Grande es mi admiración por Renan; sin embargo, no veo en él fórmula última y más propia de la actualidad filosófica; soy partidario de su modo entre literario y mundano de atreverse con las grandes conjeturas filosóficas; venero su rigorismo metódico en lo que respecta a la investigación de los conocimientos parciales, relativos, pero opino con Barres que su *estado* general de pensamiento, desde el punto de vista de lo que es común con su medio, con su tiempo (no es lo personal, genial) corresponde al movimiento intelectual que sigue a la revolución del 48 y llega a los cuatro o cinco años siguientes a la guerra franco-prusiana.

Renan era una *catedral*, pero no era lo que Vogüé llamaría una *cigüeña*.

CLARÍN

Clarín. «Palique». *La Opinión* (Valladolid). nº 1627, 6 de diciembre de 1892. 2.

El Sr. Salmerón al replicar, por conducto de *El Liberal* al artículo segundo del Sr. Castelar, no se limita a emitir juicios relativos a la cuestión político-económica objeto del debate, sino que usando una suave ironía, tan inesperada como graciosa, corrige el vocablo al gran orador y le advierte que donde dijo *francos* debió decir pesetas.

Verdad es, ya lo sabe para otra vez el Sr. Castelar, pero ya que los republicanos nos andamos diciendo cuchufletas unos a otros, permítame el Sr. Salmerón que yo le advierta a él que en el renglón inmediato al de su correcto palmetazo dice él algo que está peor que lo de Castelar.

Y dice «estos quinientos francos (pesetas) *que con tanta urgencia faltan al Tesoro.*»

No, Sr. Salmerón, en la falta no hay urgencia, la urgencia está en otra cosa, en que desaparezca la falta.

Si yo tengo hambre, la urgente no es el hambre sino el comer, porque el hambre ya la tengo.

Urge una cosa cuando se necesita que venga o se haga pronto, no cuando ya se tiene y en vez de convenir perjudica.

Por lo demás, yo le perdonaría al Sr. Salmerón de buen grado este lapsus si me explicara qué ha querido decir con lo de que hace falta «transformar el Estado y la sociedad.»

Yo opino que lo más urgente es que los políticos vayan hablando de otra manera.

Lo primero es entendernos.

El Sr. Salmerón ¿quiere transformar la sociedad o reformarla?

No es lo mismo.

Transformarla. ¿Por qué? Tampoco yo estoy conforme con todo lo que dice y hace el Sr. Salmerón, y sin embargo, por mi gusto no la transformaría, me contentaría con reformarla.

El Sr. Canalejas ha dicho en uno de sus últimos discursos (último por ahora) que la riqueza de las naciones consiste en tener grandes ejércitos.

En efecto, dadme un ejército en que sean soldados todos los ciudadanos, y en que todos estén bien vestidos y bien alimentados y bien alojados, y os daré un pueblo rico. O mejor dicho, me lo daréis vosotros a mí.

La verdad, oyendo las cosas que dicen algunos políticos ilustres le da a uno rabia haber sido tan corto y tan modesto en este pícaro mundo y no haberse metido también en edad temprana a salvar al país.

Porque, como diría Castelar, allá nos vamos todos.

Sí, todos nos vamos... a la bancarrota.

Porque señores que teniendo tanto hombre insigne como tenemos, algunos, grandes economistas, tengamos tan poco dinero.

Y no nos queda el recurso, para comer, de hacernos la cabeza caldo...

Porque el caldo de la cabeza ya se sabe de qué se hace.

Y falta el seso.

No hay más remedio.

Hay que vivir de discursos.

Muy elocuentes... y con poca sintaxis si bien se mira.

CLARÍN

Clarín. «Palique». *La Opinión* (Valladolid). n.º 1670, 21 de marzo de 1893. 1.

Don José Laserna, discretísimo periodista y amigo mío, decía no ha mucho, no sé si para consolar a Galdós del mal éxito de *Gerona*, que a Campoamor le habían silbado, o pateado, o cosa así, en *Cuerdos y locos*.

El Sr. Laserna está equivocado de medio a medio.

Cuerdos y locos obtuvo muy buen éxito; el autor y los actores fueron llamados a las tablas infinidad de veces, entre aplausos atronadores, y el drama o comedia, se representó muchas, pero muchas noches seguidas.

La crítica acogió también con aplausos la obra de Campoamor y D. Peregrín García Cadena, uno de los revisteros de teatros que más fama tenían por entonces, consagró muchos artículos en la *Ilustración Española* a *Cuerdos y locos*, poema dramático en que veía él, y veían otros, nada menos que esto que ahora llaman *nuevos moldes*.

Si el Sr. Laserna viera representar esa obra como la representaron Matilde Díez y sus compañeros, se interesaría como el público y encontraría allí mucho sentimiento, mucha gracia y mucha poesía dramática.

Lo que hay es que el Sr. Laserna debe de confundir *Cuerdos y locos* con *Así se escribe la historia*, otra comedia de Campoamor que, en efecto, no fue del agrado del público.

Así se escribe la historia.

La señorita Valencia, poetisa premiada por la Academia y levantada de cascos por el Padre Muiños, digo, Blanco García, y otros frailucos, no ha encontrado mejor manera de lamentar la muerte de Zorrilla que escribir unos versos, que bien serán un millón, imitando los del difunto, abusando de los ritmos parisilábicos y de la monorrima.

Se pone a llamar cosas a Zorrilla que acaban en *aña* y allí sale la montaña, la campaña y la espadaña, y... en fin, que es una mala maña esa de adular a las muchachas que tienen el vicio, que tal vez cogieran con motivos de unas tercianas, de andar buscando consonantes, como podía darles por comer tierra o andar por la acera sin pisar raya.

Así como se ha hecho popular, demasiado popular la teoría penal de Lombroso y Cía debiera popularizarse también lo mucho que la teratología moderna lleva escrito para mostrar cómo la manía poética y *plumífera* tiene su causa en desarreglos fisiológicos.

Tan enfermo está el padre Blanco que lo critica todo, como la señorita Valencia que lo *canta* todo.

No hay que imitarle ahora de modo que parece que es que se le hace burla; ni mucho menos se debe hacer lo que el padre Blanco, recomendar las imitaciones de la señorita Valencia a los que quisieran saborear el estilo de Zorrilla sin las molestias de la repetición (¡)

No está mal... *bostezo* crítico ese.

Y el padre Muiños, digo Blanco, llegará a académico, (no; y Muiños también), y la señorita Valencia será también académica si la señorita Pardo se sale con la suya de que la hagan *immortala* y queda la Academia con esa costumbre.

A propósito de la Sra. Pardo Bazán.

Esta dama ilustre, que no pierde nada por su boca, ha escrito un prólogo para un libro de cierta señora americana y comienza así el tal prólogo:

«No sé si allá, en la *América latina* se cree que me interesan las letras americanas tanto como en efecto me interesan.»

Señora, no hablaría con más ínfulas una metrópoli.

Habla usted así, tan de potencia a potencia con la *América latina*... que parece usted la América inglesa o cosa por el estilo.

Yo, si fuera lo que la América latina, contestaría a la Pardo:

«Señora, lo que se cree aquí es que usted es inevitable como dijo el poeta Zorrilla a quien usted maltrata después de muerto. Y no solo le maltrata a él, sino a lo que eran sus amores a la lengua patria.»

Porque dice Doña Emilia en el citado prólogo:

«Aquí va reinando una prevención favorable a los escritores americanos.»

Prevención dice el diccionario, es un concepto comúnmente desfavorable...

Pero Doña Emilia no quiere hablar como se habla comúnmente. Así, deja para el vulgo decir opimo y ella dice ópimo, sin importarle que la *i* de *ópimos* sea larga.

Y día llegará en que para distinguirse diga narices.

¡Y pensar que esta Doña Emilia no siempre hizo una vida tan esdrújula!

No hay peor gongorino que el de la vanidad. Trasciende de los acentos a las costumbres.

A las mujeres en general, les gusta poner los puntos sobre las íes; Doña Emilia pone las íes sobre los puntos.

Y piensen lo que quieran en la América latina.

CLARÍN

Clarín. «Un jornalero (cuento)». *La Opinión* (Valladolid). nº 1700. 6 de junio de 1893. 1 y 2.

Salía Fernando Vidal de la Biblioteca de N*** donde había estado trabajando, según costumbre, desde las cuatro de la tarde.

Eran las nueve de la noche, acababa de obscurecer.

La Biblioteca no estaba abierta al público sino por la mañana.

Los porteros y demás dependientes vivían en la planta baja del edificio, y Fernando, por un privilegio, disfrutaba a solas de la Biblioteca todas las tardes y todas las noches sin más condiciones que éstas: ir siempre sin compañía, correr por su cuenta con el gasto de las luces que empleaba, y encargarse de abrir y cerrar, dejando al marcharse las llaves en casa del conserje.

En toda N***, ciudad de muchos miles de habitantes, industriosa, rica, llena de fábricas, no había un solo ciudadano que disputase ni envidiase a Vidal su privilegio de la Biblioteca.

Cerró Fernando como siempre la puerta de la calle con enorme llave, y, empuñando el manajo que ésta y otras varias formaban, anduvo algunos pasos por la acera, ensimismado, buscando sin pensar en ello el llamador de la puerta en la casa del conserje, que estaba a los pocos metros, en el mismo edificio.

Pero llamó en vano. No abrían, no contestaban.

Vidal tardó en fijarse en tal silencio. Iba lleno de sus ideas, que con él habían bajado a la calle dejando las frías páginas de los libros de arriba, la eterna prisión.

«No está nadie», pensó por fin, sin fijarse en que debía extrañar que no estuviese nadie en casa del conserje.

«¿Y qué hago yo con esto?», se dijo, sacudiendo el manajo de llaves que le daba un aspecto de carcelero.

En aquel momento se fijó en otra cosa. En que la noche era oscura, en que había faroles, tres, bien lo recordaba, a lo largo de la calle y no estaba ninguno encendido.

Después notó que a nadie podía parecerle ridícula su situación porque por la calle de la Biblioteca no pasaba un alma. Silencio absoluto.

Una detonación lejana le hizo exclamar:

«¡Un tiro!»

Y el tiro, más bien su nombre, le trajo a la actualidad, a la vida real de su pueblo.

«Cuando salí de casa después de comer, en el café, oí decir que esta noche se armaba, que los socialistas o los anarquistas, o no sé quién, preparaban un golpe de mano para sacar de la cárcel a no sé qué presos de su comunión y proclamar todo lo proclamable. Debe de ser eso. Debe de estar armada.»

«¡Dios mío!», siguió reflexionando, «si está armada, si aquí pasa algo grave, mañana acaso esté cerrada la Biblioteca, acaso no me permitan o no pueda yo venir de tarde a terminar mis estudios del código en que he descubierto tan preciosos datos para la historia de los disturbios de los gremios de R*** en el siglo... ¡por vida del chapiro! Y si mañana no concluyo mi trabajo, el número próximo de la Revista Sociológico-histórica sale sin mi artículo... y quién sabe si Mr. Fliuder en la Revista de Ciencias morales e históricas de Zurich se adelantará, si es verdad, como me escriben de allá, que ha visto este precioso documento el año pasado, cuando estuvo aquí mientras yo fui a Vichy.»

«No, mil veces no; eso no puedo consentirlo; no es por vanidad pueril, es que esos socialistas de cátedra me son antipáticos; Fliuder de fijo arrima el ascua a su sardina; de fijo lo convierte todo en substancia, y de los datos favorables para sus teorías que este código contiene, quiere hacer una catedral, toda una prueba plena... y eso, vive Dios, que es profanar la historia, el arte, la ciencia... No, no; yo diré primero la verdad desnuda, imparcialmente, reconociendo todo lo que este manuscrito arroja de luz en la tan debatida cuestión... pero sin que sirva de arma para tirios ni troyanos. Me cargan los autopistas [sic], los dogmáticos...»

Sonó otro tiro.

«Pues debe de ser eso. Debe de haberse armado.» Vidal se aventuró por la calle arriba. Al dar la vuelta a la esquina, que estaba lejos de la Biblioteca, en la

calle inmediata como a treinta pasos, vio al resplandor de una hoguera un montón informe, tenebroso, que obstruía la calle que cerraba la perspectiva.

«Debe de ser una barricada.»

Alrededor de la hoguera distinguió sombras.

«Hombres con fusiles», pensó, «no son soldados; deben ser obreros. Estoy en poder de los enemigos... del orden.»

Una descarga nutrida le hizo afirmarse en sus conjeturas; oyó gritos confusos, ayes, juramentos...

No había duda, se había armado, y al llegar a la puerta de la Biblioteca se detuvo, se rascó detrás de una oreja y meditó:

«Mañana, por fas o por nefas, estará esto cerrado; mi artículo no podrá salir a tiempo... puede adelantarse Fliuder...N o dejemos para mañana lo que podemos hacer hoy.»

Sonó a lo lejos otra descarga, mientras Vidal metía la gran llave en la cerradura y abría la puerta de la Biblioteca.

Al cerrarse por dentro oyó más disparos, mucho más cercanos y voces y lamentos. Subió la escalera a tientas, reparó al llegar a otra puerta cerrada, en que iba a obscuras, encendió un fósforo, abrió la puerta que tenía delante, entró en la portería contigua al salón principal, encendió un quinqué de petróleo, que aún tenía el tubo caliente, pues era el mismo con que momentos antes se había alumbrado, entró con su luz en el salón de la Biblioteca, buscó sus libros y manuscritos, que tenía separados en un rincón, y a los cinco minutos trabajaba con ardor febril, olvidado del mundo entero, sin oír los disparos que sonaban cerca.

Así estuvo no sabía él cuánto tiempo.

Tuvo que detenerse en su labor, porque el quinqué empezó a apagarse; la llama chisporroteaba, se ahogaba la luz con una especie de bostezos [*sic*] de muy mal olor y de resplandores fugaces...

Fernando maldijo su suerte, su mala memoria que no le había hecho recordar que tenía poco petróleo el quinqué... en fin, recogió papeles deprisa, y salió de la Biblioteca a obscuras, a tientas. Llegó a la puerta de la calle, abrió salió... y al dar la vuelta para cerrar, sintió que por ambos hombros le sujetaban sendas manos de hierro y oyó voces roncadas y feroces que gritaban:

— ¡Alto!

— ¡Date preso!

— ¡Un burgués!

— ¡Matarle!

«¡Son ellos, pensó Vidal, los correligionarios activos, prácticos de Mr. Fliuder!»

En efecto, eran los socialistas, o Dios sabía quien, triunfantes, en aquel barrio a lo menos. Con otros burgueses que habían encontrado por aquellos

contornos habían hecho lo que habían querido; quedaban algunos mal heridos, los que menos paleados.

El aspecto de Fernando, que no revelaba gran holgura ni mucho capital robado al sudor del pobre, los irritó en vez de ablandarlos.

Se inclinaban a pasarle por las armas y así se lo hicieron saber.

Uno que parecía cabecilla, se fijó en el edificio de donde salía Vidal y exclamó:

— Esta es la Biblioteca; ¡es un sabio, un burgués sabio!

— ¡Que muera, que muera!

— Matarlo a librazos... Eso es, arriba, a la Biblioteca, que muera a pedradas... de libros, de libros infames que han publicado el clero, la nobleza, los burgueses para explotar al pobre, engañarle, reducirle a la esclavitud moral y material.

— ¡Bravo, bravo!

— Mejor es ponerle en una hoguera de papel...

— ¡Eso, eso! Abrasarlo en su Biblioteca...

Y a empellones, Fernando se vio arrastrado por aquella corriente de brutalidad apasionada que le llevó hasta el mismo salón donde el trabajaba poco antes en aquel códice en que se podía estudiar algún relámpago antiquísimo precursor de la gran tempestad que ahora bramaba sobre su cabeza.

Los sublevados llevaban antorchas y faroles, el salón se iluminó con una luz roja con franjas de sombras temblorosas, formidables. El grupo que subió hasta el salón no era muy numeroso, pero sí muy fiero.

— Señores —gritó Vidal con gran energía.— En nombre del progreso les suplico que no quemem la Biblioteca... La ciencia es imparcial, la historia es neutral... Esos libros... son inocentes... no dicen ni que sí ni que no; aquí hay de todo... Ahí están, en esos tomos grandes, las obras de los Santos Padres, algunos de cuyos pasajes les dan a ustedes la razón contra los ricos... En ese estante pueden ustedes ver la razón contra los ricos... En ese estante pueden ustedes ver a los socialistas y comunistas del 48... En ese otro está Lassalle... Ahí tienen ustedes *El Capital*, de Carlos Mars [sic]. Y en todas esas biblias, colección preciosa, hay multitud de argumentos socialistas: el año sabático, el jubileo... la misma vida de Job... ¡no! la vida de Job no es argumento socialista. ¡Oh, no, esa es la filosofía seria, la que sabrán las clases pobres e ilustradas de siglos futuros muy remotos...!

Fernando se quedó pensativo e interrumpió su discurso, olvidado de su peligro y el de la Biblioteca.

Pero el discurso, apenas comprendido, había producido su efecto.

El cabecilla, que era un ergotista a la moderna, de café y de club, uno de esos demagogos retóricos que tanto abundan, extendió una mano para apaciguar las olas de la ira popular.

— ¡Quietos!, dijo... Procedamos con orden. Oigamos a este burgués... Antes que el fuego de la venganza, la luz de la discusión. Discutamos... Pruébanos que esos libros no son nuestros enemigos y los salvas de las llamas; pruébanos que tú no eres un miserable burgués, un holgazán que vive como un vampiro, de la sangre del obrero... y te perdonamos la vida, que tienes ahora pendiente de un cabello.

— ¡No, no, que muera!... que muera ese...sofista, gritó un zapatero que era terrible por la posesión de este vocablo que no entendía, pero que pronunciaba correctamente y con énfasis.

— ¡Es un sofista! —repitió el coro, y una docena de bocas de fusil se acercaron al rostro y al pecho de Fernando.

— ¡Paz... paz... tregua! —gritó el cabecilla que no quería matar sin triunfar antes del *sofista*. Oigámosle, discutamos...

Vidal, distraído, sin pensar en el peligro inmenso que corría, *haciendo* psicología popular, *teratología sociológica* como él pensaba, estudiaba aquella locura poderosa que le tenía entre sus garras, y su imaginación le representaba a la vez el coro de locos del tercer acto de *Jugar con fuego*, y a Mr. Fliuder y tantos otros que eran en *último análisis* los culpables de toda aquella confusión de ideas y pasiones. «¡La lógica hecha una madeja enredada y untada de pólvora para servir de mecha a una explosión social!...» Así meditaba.

— ¡Que muera! —volvieron a gritar.

— No, que se disculpe... que diga qué es, cómo gana el pan que come...

— Oh! Tan bien como tú, tan honradamente como tú, gritó Vidal volviéndose al que tal decía enérgico, arrogante, apasionado, mientras separaba con las manos los fusiles que le impedían, apuntándole, ver a su contrario. Le habían herido en lo vivo.

Después de haber tenido en su ya larga vida de erudito y escritor mil clases de vanidades, ya sólo le quedaba el orgullo de su trabajo...

No se reconocía, a fuerza de mucho *análisis* de *introspección*, virtud alguna digna de ser llamada tal, más que esta, la del trabajo; ¡oh, pero esta sí!

— Tan bien como tú. Has de saber, que sea lo que sea de la cuestión del capital y el salario, que está por resolver como es natural porque sabe poco el mundo todavía para decidir cosa tan compleja; sea lo que quiera de la lucha de capitalistas y obreros, yo soy hombre para no meter en la boca un pedazo de pan, aunque reviente de hambre, sin estar seguro de que lo he ganado honradamente...

He trabajado toda mi vida, desde que tuve uso de razón.

Yo no pido ocho horas de trabajo, porque no me bastan para la tarea inmensa que tengo delante de mí. Yo soy un albañil que trabaja en una pared que sabe que no ha de ver concluida, y tengo la seguridad de que cuando más alto esté me caeré de cabeza del andamio...Yo trabajo en la filosofía y en la

historia, y sé que cuanto más trabajo, me acerco más al desencanto. Huyo, ascendiendo, de la tierra, seguro de no llegar al cielo y de precipitarme en un abismo... pero subo, trabajo. He tenido en el mundo ilusiones, amores, ideales, grandes entusiasmos, hasta grandes ambiciones; todo lo he ido perdiendo, ya no creo en las mujeres, en los héroes, en los *credos*, en los sistemas; pero de lo único que no reniego es del trabajo; es la historia de mi corazón, el espejo de mi existencia; en el caos universal yo no me reconocería a mi propio sí no me reconociera en la estela de mis esfuerzos; me reconozco en el sudor de mi frente y en el cansancio de mi alma; soy un jornalero del espíritu, a quien en vez de disminuirle las horas de fatiga, los nervios le van disminuyendo las horas de sueño. Trabajo a la hora de dormir, a obscuras, en mi lecho, sin querer, trabajo en el aire, sin jornal, sin provecho... y de día sigo trabajando para ganar el sustento y para adelantar en mi obra... Yo no pido emancipación, yo no pido transacciones, yo no pido venganzas... Desde los diez años, no ha oscurecido una vez sin que yo tuviera vela cortada para la noche que venía; siempre mi velón se ha encendido para una labor preparada; hasta las pocas noches que no he trabajado en mi vida fueron para mí de fatiga por el remordimiento de no haber cumplido con la tarea de aquella velada. De niño, de adolescente, trabajaba junto a la lámpara de mi madre, mi trabajo era escuela de mi alma, compañía de la vejez de mi madre, oración de mi espíritu y pan de mi cuerpo y el de una anciana. Éramos tres, mi madre, el trabajo y yo. Hoy ya velamos solos yo y mi trabajo. No tengo más familia. Pasará mi nombre, morirá pronto el recuerdo de mi humilde individuo, pero mi trabajo quedará en los rincones de los archivos, entre el polvo, como un carbón fósil que acaso prenda y su fuego algún día al contacto de la chispa de un trabajador futuro... de otro pobre diablo erudito como yo que me saque de la obscuridad y del desprecio...

— Pero a ti no te han explotado, tu sudor no ha servido de substancia para que otros engordaran... interrumpió el cabecilla.

— Con mi trabajo, prosiguió Vidal, se ha hecho ricos otros, empresarios, capitalistas, editores de bibliotecas y periódicos; pero no estoy seguro de que no tuvieran derecho a ello. No me queda el consuelo de protestar indignado con entera buena fe. Ese es un problema muy complejo: está por ver si es una injusticia que yo siga siendo pobre y los que en mis publicaciones solo ponían cosa material, papel, imprenta, comercio, se hayan enriquecido.

No tengo tiempo para trabajar indagando ese problema, porque lo necesito para trabajar directamente en mi labor propia.

Lo que sé, que este trabajo constante con el cuerpo doblado, las piernas quietas, el cerebro bullendo sin cesar, quemando los combustibles de mi substancia, me ha aniquilado el estómago, el pan que gano apenas lo puedo digerir... y lo que es peor, las ideas que produzco me envenenan el corazón y me descomponen el pensamiento... Pero no me queda ni el consuelo de quejarme, porque esa queja tal vez fuera en *último análisis*, una puerilidad....

Compadecedme, sin embargo, compañeros míos, porque no padezco menos que vosotros, y yo no puedo ni quiero buscar remedio ni represalias; porque no sé si hay algo que remediar, ni si es justo remediarlo... No duermo, no digiero, soy padre [*sic*], no creo, no espero... no odio, no me vengo... Soy un jornalero de una terrible mina que vosotros no conocéis, que tomaríais por el infierno si la vierais, y que sin embargo, es acaso el único cielo que existe... matadme si queréis, pero respetad la Biblioteca que es un depósito de carbón para el espíritu del porvenir...

La plebe, como siempre que oye hablar largo y tendido, en forma de oratoria, callaba, respetando el misterio peligroso del pensamiento obscuro, deidad idolátrica de las masas modernas y tal vez de las de siempre.

La retórica había calmado las pasiones; los obreros no estaban convencidos, sino confusos, apaciguados a su despecho.

«Algo quería decir aquel hombre.» Como un contagio se les pegaba la enfermedad de Vidal, olvidaban la acción y se detenían a discurrir, a meditar, quietos. Iban teniendo algo del león enamorado, que se dejó cortar las garras.

De pronto, oyeron un ruido fuera [*sic*]. Tropol de soldados subía por la escalera... Estaban perdidos. Hubo una resistencia inútil.

Algunos disparos, dos o tres heridos. A poco, aquel grupo extraviado de la insurrección vencida, estaba en la cárcel.

Vidal fue entre ellos; codo con codo; en opinión, terrible y poderosa opinión del jefe de la tropa vencedora, aquel señorito tronado era el capitán del grupo de anarquistas sorprendido en la Biblioteca.

A todos se les formó consejo de guerra como era regular.

La justicia sumarísima de la Temis marcial fue ayudada en su ceguera por el egoísmo y el miedo del verdadero cabecilla y por el rencor de sus compañeros.

Estaban furiosos todos contra aquel *traidor*, aquel *policia secreto*, o lo que fuera, que les había embaucado con sus sofismas, con sus retóricas y les había hecho olvidarse de su misión redentora, de su situación, del peligro...

Todos declararon contra él.

Sí, Vidal era el jefe. El cabecilla salvaba con esto la vida, porque la misericordia en estado de sitio decretó que la última pena solo se aplicara a los cabezas de motín; a esta categoría pertenecía sin duda Vidal; y mientras el que quería discutir con él las bases de la sociedad, el cabecilla verdadero, quedaba en el mundo para predicar, e incendiar en su caso, el pobre jornalero del espíritu, el distraído y erudito Fernando Vidal pasaba a mejor vida por la vía sumaria de los clásicos y muy conservadores *cuatro tiritos*.

Clarín. «Palique». *La Opinión* (Valladolid). nº 1728. 17 de agosto de 1893. 1.

Leo que el Consejo de Instrucción Pública está estudiando los proyectos del señor ministro de Fomento, relativos a la reforma de la enseñanza.

Y a él ¿quién le presenta?

¿Al Consejo?

Quiero decir: ¿a él, al Consejo no lo reforman? Y si una de las cosas que reforma el ministro es el Consejo ¿está el Consejo estudiando si le parece bien o mal que le reformen? No lo creo.

Y sin embargo: por ahí había que empezar.

La instrucción pública como todo elemento social de civilización tiene su mayor enemigo en lo que debiera ser su amparo, en el elemento administrativo que sirve como armazón al organismo técnico.

Sucede con esto como con todo: por ejemplo, en materia de comunicaciones.

La ciencia nos da el telégrafo que suprime las distancias, y la administración nos da el servicio telegráfico que restablece las distancias y... las alarga.

En instrucción pública, en España a lo menos, una de las cosas que más entorpecen la vida intelectual son las leyes sobre instrucción pública. Pero como las leyes por sí solas no pueden hacer daño a nadie, es claro que los que les sacan el jugo dañino son los encargados de aplicarlas.

Lo peor es que en España el elemento técnico de la enseñanza se ha contaminado y hoy tenemos muchísimos profesores que miran su obligación bajo un punto de vista oficinesco, de formalismo oficial que hace no solo inútil, sino perjudicial la enseñanza administrativa de esa manera.

Pues bien, el Consejo de Instrucción Pública viene a ser como el *deus ex machina* de toda esta corrupción de lo técnico por lo administrativo.

La parte del profesorado que está a la que salta, que ha entrado en la ciencia para medrar y por los medios adecuados al *medro*, más se preocupa de agradar a los señores del Consejo que de cumplir con los rigurosos y poco ostentosos deberes que impone la escrupulosa conciencia del buen pedagogo y del buen científico.

Hay muchos catedráticos que a lo que atienden es a *hacer méritos* oficiales, de los que el Consejo pesa, cuenta y mide, lo cual se consigue no siendo un modelo de maestros en la obscuridad de la cátedra, que allí no va el Consejo, sino publicando libros de texto que importa poco que sean malos y copiados si el interesado sabe manejar el expediente y emplea todo el papel de oficio que es del caso, en solicitudes, y toda la cartulina indispensable en tarjeta y B. L. M. de recomendación. (Esto sin contar con que estos libros de texto que sirven para hacer *méritos* sirven para hacer cuartos, gracias a los precios

exorbitantes que se consiguen merced a un valioso monopolio que recuerda las condiciones económicas del trabajo de los presidios).

Sucede, por consiguiente, que cuando un profesor que atiende a la ciencia de verdad, como Menéndez y Pelayo, pretende que se tomen en cuenta sus trabajos, no lo consigue, porque no ha sabido cultivar el *abono* administrativo, que es el único en que crecen los frutos de galardón del Consejo de Instrucción Pública.

Otro de los inconvenientes de esta máquina de fabricar... chocolate científico consiste en que el personal del Consejo no está, salvando muy honrosas excepciones, ni a la altura de la institución de que se trata, ni siquiera con la debida consonancia con ella.

Así se ve que en las secciones de filosofía hay consejeros y hasta ponentes boticarios, en secciones de derecho, músicos y botánicos, en secciones de ciencias exactas, clérigos y abogados, etcétera, etc.

Otro sí, los consejeros más influyentes no son los más sabios, sino los más activos en el expedienteo, en las visitas, camarillas y recomendaciones.

Así hay un Sr. Vallín y Bastillo que todos los catedráticos encuentran hasta en la sopa.

El señor Vallín es una ardilla, se mete en todo, parece un Briorco administrativo con un brazo metido en cada expediente. Gracias a este señor, los profesores que están examinando en un tribunal, tienen que atender a una hoja impresa, que es el expediente del examinando, hoja capaz de marear y distraer al mismo Julio César, que tantas cosas hacía a un tiempo.

Pues no digamos nada del Sr. Palau, especie de Cerrelarbo tonsurado que ora explica hebreo, ora cánones, *¡ora...* pro nobis! y es el que manda en todas partes y todo lo preside, guía y administra...

Es natural que consejeros de tal carácter guarden todas sus simpatías para los que son como ellos; y así se ve que suben en categoría (y hasta en el escalafón, aunque legalmente esto sea *sobrenatural*) [*sic*] los que visitan mucho, quitan motas, se dan tono, publican librotos indigestos y de contrabando y

De modo que si el Sr. Moret, cuyos buenos propósitos en asuntos de enseñanza son evidentes, quiere hacer una cosa buena, reforme el Consejo de Instrucción Pública, purgándole del delito mayor, que es haber nacido.

Y de acuerdo con Calderón de la Barca suprima el tal Consejo de una plumada.

Y qué diablo, al Sr. Palau no le faltará donde maniobrar.

Y en último caso, que se consagre a la tarea propia de su estado.

Que diga misa.

CLARÍN.

BIBLIOGRAFÍA

- ALAS, Clarín, Leopoldo (1892). «Palique», *La Opinión* (Valladolid). n° 1551. 4 de junio. 1.
- . (1892). «Revista». *La Opinión* (Valladolid). n° 1578. 9 de agosto. 1 y 2.
- . (1892). «Renan». *La Opinión* (Valladolid). n° 1606. 15 de octubre. 1.
- . (1892). «El Centenario y las musas». *La Opinión* (Valladolid). n° 1617. 12 de noviembre. 1 y 2.
- . (1892). «Palique». *La Opinión* (Valladolid). n° 1627. 6 de diciembre. 2.
- . (1893). «Palique», *La Opinión* (Valladolid). n° 1670. 21 de marzo. 1.
- . (1893). «Un jornalero (cuento)». *La Opinión* (Valladolid). n° 1700. 6 de junio. 1 y 2.
- . (1893). «Palique». *La Opinión* (Valladolid). n° 1711. 4 de julio. 1.
- . (1893). «Palique». *La Opinión* (Valladolid). n° 1728. 17 de agosto. 1.
- . (1893). «Un Jornalero, I». *La Lucha*, 14 de junio.
- . (1893). «Un jornalero, II», *La Lucha*. 15 de junio.
- . (1893). «Un jornalero (Colaboración inédita). *La Crónica meridional* (Almería). n° 9921. 14 de junio.
- . (1893). «Un jornalero (Colaboración inédita). *La Crónica meridional* (Almería). n° 9922. 15 de junio.
- . (1893). «Un jornalero (Colaboración inédita)». *La Crónica meridional* (Almería). n° 9923. 16 de junio.
- . (1893). «Un jornalero (Colaboración inédita)». *La Crónica meridional* (Almería). n° 9924. 17 de junio.
- . (1896). «Revista mínima». *La Opinión* (Valladolid). n° 2193. 24 de noviembre.
- . (1899). «Versos. Hombre al agua». *La Opinión* (Valladolid). n° 2592. 13 de mayo.
- . (1988). *El Señor y lo demás, son cuentos*. Madrid. Espasa Calpe. Col. Austral. Edición de Gonzalo Sobejano.
- . (1999). *Siglo pasado*. Gijón. Llibros del Pexe. Edición de José Luis García Martín.
- . (2000). *Cuentos completos*. Madrid. Alfaguara, 2 vols. Edición de Carolyn Richmond.
- . (200). *Obras completas. II*. Madrid. Fundación Castro. Edición de Santos Sanz Villanueva.
- . (2002-2009). *Obras completas*. Oviedo. Ediciones Nóbel, XII vols. Coordinación de Yvan Lissorgues y Jean François Botrel.
- ALMUÍÑA, Celso (1977). *La prensa vallisoletana durante el siglo XIX (1808-1894)*. Valladolid. Servicio de Publicaciones de la Diputación de Valladolid, 2 vols.
- ALONSO, Cecilio (2001). «Clarín en la prensa de Valencia (1889-1901)». *Monte-Arabí*. 33. 7-31.
- ALTAMIRA, Rafael. (1892). «La literatura, el amor y la tesis». *La Opinión* (Valladolid). 9de julio.

- (1892). «Teoría del descontento». *La Opinión* (Valladolid). 13 de septiembre.
- (1892). «Despedida». *La Opinión* (Valladolid). 12 de diciembre.
- (1893). «Noche de bodas». *La Opinión* (Valladolid). 19 de enero.
- (1893). «Una aventura galante». *La Opinión* (Valladolid). 24 de junio.
- (1893). «Una borda». *La Opinión* (Valladolid). 31 de octubre.
- BARCO, Juan. (1899). «Euritmia», *La Opinión* (Valladolid). 20 de abril.
- BAROJA, Pío (1896). «El enfermo». *La Opinión* (Valladolid). 28 de abril.
- BENAVENTE, Jacinto. (1899). «La raza anglo-sajona». *La Opinión* (Valladolid). 18 de febrero.
- (1899). «Cartas de mujeres». *La Opinión* (Valladolid). 6 de abril.
- (1899). «Versos: “No burles de mi guitarra”». *La Opinión* (Valladolid). 15 de abril.
- (1900). «De Sully Prudhomme». *La Opinión* (Valladolid). 6 de octubre.
- BLANQUAT, Josette y Jean François BOTREL. (1981). *Clarín y sus editores (65 cartas inéditas de Leopoldo Alas a Fernando Fe y Manuel Fernández Lasanta, 1884-1893)*. Rennes. Université de Haute-Bretagne.
- CASTELAR, Emilio. (1892). «Colón en los primeros descubrimientos». *La Opinión* (Valladolid). 13 de octubre.
- DICENTA, Joaquín. (1899). «El idilio en una jaula». *La Opinión* (Valladolid). 18 de marzo.
- (1899). «Por donde vienen las actas». *La Opinión* (Valladolid). 22 de abril.
- (1899). «El andamio (poema)». *La Opinión* (Valladolid). 14 de noviembre.
- EZAMA GIL, Ángeles. (2015). «Literatura periodística y dispersión: algunas colaboraciones olvidadas de Clarín en la prensa de provincias». *Revista de Literatura*. LXXVII. n° 153. enero-junio. 211-247.
- MAEZTU, Ramiro de. (1899). «De pasada». *La Opinión* (Valladolid). 13 de abril.
- PARDO BAZÁN, Emilia. (1892). «¿Hay que tener miedo?». *La Opinión* (Valladolid). 21 de mayo.
- (1892). «La niña mártir (cuento)». *La Opinión* (Valladolid). 13-de agosto.
- (1892). «El milagro del hermanuco (cuento)». *La Opinión* (Valladolid). 18 de octubre.
- (1892). «El tetrarca en la aldea». *La Opinión* (Valladolid). 10 de noviembre.
- (1892). «El plumero». *La Opinión* (Valladolid). 17 de noviembre.
- (1892). «Pagliacci». *La Opinión* (Valladolid). 10 de diciembre.
- (1893). «Recuerdos del centenario rojo. Miniatura». *La Opinión* (Valladolid). 9 de mayo.
- (1893). «El lorito real (cuento para niños)». *La Opinión* (Valladolid). 17 de junio.
- (1893). «Anacronismo». *La Opinión* (Valladolid). 10 de agosto.
- (1893). «Recuerdos del centenario rojo. El vaso de sangre». *La Opinión* (Valladolid). 14 de octubre.
- (1893) «Martina», *La Opinión* (Valladolid), 3 de octubre.

- (1893). «Ir derecho (cuento para los niños)». *La Opinión* (Valladolid). 7 de noviembre.
 - (1894). «Muerte de Cruz». *La Opinión* (Valladolid). 22 de marzo.
 - (1896). «Cuaresmal». *La Opinión* (Valladolid). 28 de marzo.
 - (1899). «La caja de oro». *La Opinión* (Valladolid). 5 de febrero.
 - (1899). «El décimo». *La Opinión* (Valladolid). 18 de abril.
 - (1900). «Certamen literario de *El Liberal*. Segundo premio: “La Chucha”». *La Opinión* (Valladolid). 8 de febrero.
- RUBIO JIMÉNEZ, Jesús. (2002). «En torno a un cuento de Clarín: *Reflejo. Confidencias*». *Revista de Literatura*. LXIV. n° 127. 93-106.
- (2011). «Clarín y la caricatura. Un paseo por los arrabales del esperpento». *Literatura ilustrada decimonónica. 57 perspectivas*. Santander. PubliCan. 811-840. Edición de Borja Rodríguez Gutiérrez y Raquel Gutiérrez Sebastián.
- RIVERA MARTÍNEZ, Ruth. (2016). *El hecho escénico en Valladolid a través de la prensa en el cambio de siglo (XIX-XX). Una aproximación pragmático-discursiva*. Valladolid [Tesis doctoral inédita].
- RUEDA, Salvador. (1892). «Poesía gallega». *La Opinión* (Valladolid). 10 de mayo.
- (1892). «Las Xanas (Canto asturiano)». *La Opinión* (Valladolid). 28 de julio.
 - (1892). «El idilio de una copa». *La Opinión* (Valladolid). 29 de septiembre.
 - (1892). «Camino de Málaga». *La Opinión* (Valladolid). 1 de diciembre.
 - (1893). «Cuento andaluz». *La Opinión* (Valladolid). 28 de enero.
 - (1893). «El organillero». *La Opinión* (Valladolid). 18 de abril.
 - (1893) «Parahus del idioma (un capítulo de *El ritmo*)». *La Opinión* (Valladolid). 28 de noviembre.
 - (1899). «La noche de San Juan. Desde el tren». *La Opinión* (Valladolid). 29 de abril.
 - (1901). «Cazando pulgas». *La Opinión* (Valladolid). 27 de agosto.
- UNAMUNO, Miguel de. (1899). «Hay que crear necesidades». *La Opinión* (Valladolid). 28 de febrero.